

R E S E Ñ A

Migración México-Estados Unidos Implicaciones y retos para ambos países

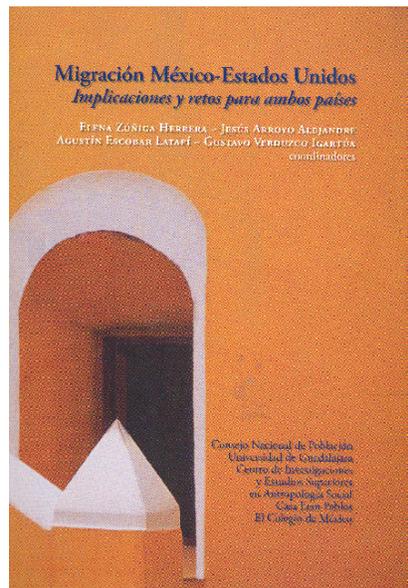
ELENA ZÚÑIGA HERRERA - JESÚS ARROYO ALEJANDRE
AGUSTÍN ESCOBAR LATAPÍ - GUSTAVO VERDUZCO IGARTÚA
(COORDINADORES)

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN / UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA / CIESAS / EL COLEGIO DE MÉXICO
GUADALAJARA, 2006

Este libro presenta diversas perspectivas de la migración México-Estados Unidos. Los catorce trabajos recopilados en él fueron escritos por 22 estudiosos del tema y se agrupan en cuatro partes que tratan, respectivamente: los impactos demográficos, las implicaciones sociales, los efectos económicos y las perspectivas y retos de política. Vayamos por partes.

La primera parte inicia con el artículo de Jorge Durand, que nos ofrece un panorama contemporáneo de la población latina en Estados Unidos, sus nuevas tendencias y cambios culturales. Entre otros datos, establece con cuántos inmigrantes participa México en el total de poco más de 35 millones de latinos que viven en el país vecino y el porcentaje de ellos que representa, así como la etnicidad y el nivel de estudios por países. Se refiere también a los problemas terminológicos y metodológicos para estudiar a los latinos, como el de llamarlos hispanos, hispánicos o latinos; el crecimiento natural y el migratorio de ellos; la legislación estadounidense que se ha ocupado de esta población, y la nueva distribución territorial de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos.

El segundo trabajo, de Elena Zúñiga y Paula Leite, aborda el proceso migratorio en las distintas



regiones en que se ha dividido a México para el estudio de este fenómeno: tradicional, norte, centro y sureste; la primera está conformada por los estados que han tenido una mayor y más añeja participación en él, mientras que las tres regiones restantes reciben su nombre de la localización geográfica de las entidades que las integran en el territorio nacional. Los análisis correspondientes a cada región se basan en las estimaciones y proyecciones del Consejo Nacional de Población de acuerdo con los censos estadounidenses de 1990 y 2000 y las encuestas más importantes que recogen información diversa sobre los

emigrantes mexicanos. Los hallazgos dan cuenta de la incorporación a la emigración internacional de todas las regiones del país y las particularidades y perspectivas de cada una de ellas.

En el tercero y último estudio de esta parte, Virgilio Partida hace un ejercicio acerca del impacto que podría tener en el futuro la migración de México a Estados Unidos de acuerdo con varias hipótesis de tasa global de fecundidad de las mujeres mexicanas, la esperanza de vida de mujeres y hombres, así como la emigración de personas a Estados Unidos y del retorno de algunas de ellas a lo largo de la proyección —que abarca hasta el año 2050 para el país y hasta el 2030 para los estados— y la entrada de extranjeros en México y las entidades. Los resultados de la proyección tienen que ver también con una posible economía “alta” y otra “baja”, así como para las distintas regiones mencionadas en el trabajo de Zúñiga y Leite.

La segunda parte del libro se refiere a las implicaciones sociales de la migración de mexicanos a Estados Unidos, que se abordan en cuatro trabajos. Dos de ellos se relacionan con la educación de los emigrantes, uno con la salud y otro con las comunidades de origen.

En el primero, Frank D. Bean

Migración México-Estados Unidos. Implicaciones y retos para ambos países

y sus tres coautores se refieren a dos problemas que inquietan a muchos estadounidenses: el de que ahora llegan a su país menos inmigrantes europeos y más asiáticos y de América Latina, así como el de la renuencia de muchos latinoamericanos a integrarse a la cultura que los recibe de manera legal o como “no autorizados”. Se preguntan si no están llegando a Estados Unidos demasiados inmigrantes “y del tipo equivocado”, si los recién llegados no afectan las expectativas de empleo de los estadounidenses y están menos dispuestos a formar parte de la sociedad anglosajona predominante. Para tener una imagen más completa en este sentido, hacen un “examen más dinámico y de largo plazo de lo que sucede con los inmigrantes mexicanos varios años después de su llegada”, enfocado en la situación migratoria y la naturalización de éstos y la movilidad educativa intergeneracional.

El trabajo de Lindsay Lowell estudia las implicaciones de que cada día sea mayor la escolaridad de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos y sus consecuencias en un análisis que abarca tres décadas. Así mismo, se refiere a lo que significa para México que quienes dejan su tierra ahora estén mejor educados que en otras épocas y da cuenta de la llamada “fuga de cerebros”, es decir, de los “altos índices de migración de personas con estudios superiores”. El ensayo compara la escolaridad de los inmigrantes mexicanos con la de los nativos de Estados Unidos, la selectividad de éstos y las tendencias recientes de la migración respecto a la escolaridad de los inmigrantes.

En el tercer trabajo de esta parte, Katharine M. Donato y sus dos coautoras exponen los efectos que

tiene en la salud de los mexicanos la emigración a Estados Unidos, tomando en cuenta el mayor ritmo de ella y que ahora emigran más mujeres y niños. Una pregunta fundamental que se hacen es cómo se entienden las consecuencias de la emigración en la salud de las familias que permanecen en México y en las familias mexicanas que viven en Estados Unidos. Las autoras examinan los datos del Proyecto Mexicano sobre Migración en cuanto a la mortalidad infantil, el Estudio de Salud y Migración y la información obtenida por ellas mismas en un barrio de las inmediaciones de Houston, Texas, y en otro de San Diego, California.

El trabajo que cierra esta segunda parte, de Silvia E. Giorguli, se pregunta qué consecuencias sociales tiene la migración para las comunidades de origen en México y centra su análisis en la perspectiva de estas últimas. Pone el énfasis en la forma en que la migración forma parte de la vida diaria de individuos, familias y hogares, para dar una visión amplia de lo que implica la migración vista desde nuestro país. Describe en su estudio el ir y venir de mexicanos; las familias divididas; la dependencia de las remesas que envían quienes se van a los que se quedan; los cambios en los roles de género cuando la mujer se convierte en jefa de familia en México o asume un nuevo papel al emigrar con su familia; cómo la permanencia en el otro lado es cada vez mayor, si no permanente, y de qué manera afecta la emigración la trayectoria escolar de los jóvenes.

La tercera parte del libro, conformada por cuatro trabajos, se centra en los efectos económicos de la emigración de mexicanos a Estados Unidos tanto desde la perspectiva de

nuestro país como desde el punto de vista estadounidense. Veamos cada uno de ellos en orden de aparición.

El artículo de Liliana Meza se refiere a las transformaciones económicas que han tenido lugar en México a raíz de la emigración, que para ella es primordialmente económica y tiene lugar en buena medida por las diferentes oportunidades económicas que ofrecen uno y otro país. Describe los cambios en la economía mexicana y en el mercado laboral y la forma en que afectan la emigración a Estados Unidos. Se ocupa de las medidas de corte económico tomadas por México desde los años ochenta del siglo pasado, las crisis recurrentes que ha vivido el país, la adopción de las recetas del Consenso de Washington y otros factores que han tenido como resultado la disminución de puestos de trabajo y en los ingresos de los trabajadores en el país, lo cual tiene entre otras consecuencias la decisión de emigrar al vecino país. Estudia también cómo se relaciona la emigración con el sector informal de la economía de México, la integración de ésta a la de América del Norte y la privatización de las empresas paraestatales, todo ello con diversas consecuencias para los trabajadores y el nivel de sus ingresos.

Jesús Arroyo e Isabel Valenzuela proponen un marco analítico en el que separan los impactos microeconómicos de la emigración de mexicanos a Estados Unidos de los macroeconómicos, con base en datos obtenidos mediante encuestas realizadas por la Universidad de Guadalajara en el año 2000 y el Instituto Francés de Investigación para el Desarrollo en 2003, así como en la muestra del uno por ciento del XII Censo General de Población y Vivienda 2000 y del Consejo Nacional

de Población. Demuestran que los efectos positivos de las remesas benefician principalmente a las zonas metropolitanas e influyen muy poco en el desarrollo regional e incluso pueden aumentar la desigualdad social y entre regiones. Las unidades de análisis son los municipios, que fueron estudiados de acuerdo con un modelo general conformado por tres modelos econométricos: uno para los de alta y muy alta migración, otro para regiones nodales medias y un tercero para municipios grandes. El estudio se redondea con un apartado que contiene las opiniones de las comunidades de origen sobre la migración y su impacto económico, recogidas mediante una encuesta levantada en los municipios de Jalostotitlán, Jalisco; Los Reyes, Michoacán, y Tlaltenango, Zacatecas. Kurt Unger se da a la tarea de estimar los impactos de la migración –ganancias en productividad, salarios e ingresos– en las comunidades de origen de los mexicanos que salen a Estados Unidos, y estima la relación que guardan las remesas con los recursos que aporta el Estado mexicano mediante el reparto de recursos fiscales a los municipios de los que salen los emigrantes. De entrada, afirma que probablemente los beneficios que se esperaban de las remesas han sido sobreestimados y sólo representan un subsidio para satisfacer las necesidades básicas de los pobres. Se refiere a las regiones expulsoras de población –centro, norte y sur– en cuanto a sus números, la intensidad migratoria y si los municipios expulsores son rurales o urbanos; hace un análisis de regresión entre la migración y las características socioeconómicas municipales, entre ellas su tamaño, los salarios que se perciben, la productividad de sus

industrias, la producción per cápita y el gasto público por habitante. Así mismo, estima el efecto de la migración y el tiempo, relacionando la experiencia migratoria con la tendencia de los ingresos regionales a la convergencia. Agustín Escobar y Eric Janssen estudian el caso mexicano en cuanto a su migración, diáspora y desarrollo. Para empezar, caracterizan a México como un país en desarrollo y de migración. Luego refieren los problemas específicos de su migración y desarrollo; la dinámica demográfica y sus causas; las remesas en cuanto a sus niveles y tendencias; la distribución de las remesas y su relación con la pobreza y el desarrollo, así como con el desarrollo a partir de algunos datos recogidos mediante dos encuestas, una de emigrantes de Jalisco y otra de ciudades del occidente del país que han regresado a México. En cuanto a la diáspora de mexicanos, hacen una reseña de la migración de ellos desde sus raíces históricas, siguiendo los avatares políticos en el país vecino y en relación con el propio hasta hoy en día, las organizaciones de los emigrantes y los programas de fomento respecto al desarrollo de México.

La cuarta y última parte del libro tiene como tema las perspectivas y los retos de política migratoria para México y Estados Unidos. El primero de los tres trabajos que la conforman, escrito por Francisco Alba, empieza por caracterizar a la migración actual, que tiende a ser más permanente, con la participación de todas las entidades y regiones, como país de paso para los centroamericanos e incluso como receptor de inmigrantes. Continúa con el abandono por parte de México de su “política de no tener política”, que le permitió durante mucho tiempo contar

con remesas para equilibrar su balanza de pagos y con una válvula de escape ante la demanda de más empleo y mejores salarios de muchos mexicanos –mientras que Estados Unidos ponía en marcha distintas estrategias para atajar a quienes pretenden cruzar sus fronteras de manera “no autorizada”–, para desarrollar políticas explícitas e interactuar con su vecino del norte en búsqueda de una política conjunta para que quienes emigran reciban mejor trato y se les respeten al menos sus derechos humanos, mientras que su vecino urge a México para que vigile mejor sus fronteras y contribuya de esta manera a la seguridad nacional estadounidense. En suma, aborda los cambios en el escenario de la migración, el contexto actual de la misma, sus perspectivas, retos e implicaciones, y hace algunas recomendaciones de política.

El segundo trabajo de esta parte es el de Susan Martin sobre los desafíos políticos que representa para los estadounidenses la migración mexicana. Ella se refiere a las negociaciones entre los presidentes Bush y Fox en varios encuentros, la propuesta del primero de una “reforma de migración justa y segura”, que haga converger los intereses de los trabajadores mexicanos con los de los empleadores de Estados Unidos “cuando no sea posible encontrar estadounidenses que hagan ese trabajo” y comprometa a México a “regular el flujo futuro de inmigrantes de acuerdo con las necesidades de trabajo” del país vecino. Ante la inercia actual de la migración, la autora aboga porque en el futuro la frontera común sea segura, haya vigilancia y control en el lugar de trabajo para que se cumplan las leyes estadounidenses en la materia, facilitar la reunificación de las

Migración México-Estados Unidos. Implicaciones y retos para ambos países

familias de los inmigrantes, que haya programas de trabajadores temporales y un manejo eficiente de las políticas de inmigración, así como estimular las consultas binacionales.

Cierra el libro el libro un breve pero sustancioso ensayo de Roberto Suro acerca de las consecuencias y desafíos de la migración México-Estados Unidos para ambos países. Considera que las actuales circunstancias del fenómeno migratorio requieren de una verdadera reevaluación de las políticas estadounidenses de inmigración,

de su propósito y estructura, ya que hasta ahora los estadounidenses no han hecho otra cosa que establecer límites al número de inmigrantes que entran al país cada año. A partir de “una valoración fría, bien investigada y realista” de la dinámica migratoria de las últimas décadas, sugiere que ambos países definan sus metas y aspiraciones al respecto y que Estados Unidos abandone su visión trasatlántica del siglo XX y México deje de creer que sus emigrantes no tienen otras razones para salir del país que las económicas y acepte que muchas veces prefieren

vivir en el país vecino. Superar sus respectivas mitologías nacionales pasa por las respuestas a las varias preguntas que ambos países deben hacerse, entre ellas: cómo se define el éxito migratorio, qué quiere lograr cada país y qué costos está dispuesto a pagar por ello.

J. David Rodríguez Álvarez

*Editor en el CUCEA, UdeG.
Correo electrónico: arandas@cencar.udg.mx*